



que llegaban hasta las más lejanas chozas de su poblado. Me dijo que no se resignaba a la maldición de ser pobre toda la vida y que desearía ponerse en marcha cuanto antes.

No dije palabra. Me mordí la lengua.

Una tarde, al vendarle, me dijo que apenas le dolía la pierna y que si podía conseguir los cuatrocientos euros que le pedían para admitirle en el bote patera a punto de salir de las costas.

Le contesté que los dos buscaríamos el dinero. Me besó las palmas de mis manos y yo le besé, inquieta, en la mejilla, muy cerca de sus abultados labios.

A la madrugada siguiente convenimos en vemos junto a la patera. Yo llegué muy pronto, llevaba conmigo una abultada mochila. El traficante operaba en aquel trozo de costa, vacío de vigilancia. Cabizbajo, escondía su faz, sólo extendía la mano. Prudente, tenía la boca cerrada. Le di ochocientos euros.

Al llegar Koto (así se llamaba mi niño), con sus muletas, le cogí de la mano.

- Voy contigo, -Ie dije. Encontraremos trabajo, tú de celador, auxiliar de enfermería, o de lo que sea.

-¡Nooo! Repuso, sé que es malo el viaje y aventurado el llegar.

Luego continuó, otra vez, ruborizado, diciéndome por lo bajo:

-Te quiero mucho, mucho, idemasiado!
Y lloró sin parar.

-Tú no puedes irte solo, tu herida es grave. Le contesté, expeditiva.

Nos hicimos a la mar. Navegamos, los dos muy juntos todo el día, en medio del océano abierto. El sol se estaba poniendo, Después de una extraña luz, se manifestó el temporal. Un oleaje imposible medio tumbó la patera y Koto, al levantarse para protegerme, sin sus muletas, fallaron sus piernas y cayó del bote alejándose de la patera. Yo me eché tras él. El chico se me abrazó. Yo sonreí, por un momento, dichosa. Más tarde, al cabo de unas horas, sentí que a los dos nos tragaba el mar.

Cuento esto, desde el más allá, desde el otro mundo donde los dos estamos.

mañana habrá que amputarle la pierna. Ve a socorrerle.

La belleza austera, básica y total del muchacho, impresionaba de verdad. Siempre creí que los jurados se equivocaban al elegir en los concursos de misses a mujeres blancas. Los cánones de hermosura negra eran otros y eran mucho más estéticos. El chico poseía unos blancos brillantes en sus ojos inmensos y unos húmedos y gruesos labios. Alcé la frazada. El chico se avergonzó. La cangrena se extendía.

-Me duele mucho- me dijo, tapándose.

-Date la vuelta, te pondré una inyección para calmar un poco el dolor.

El chico otra vez se subió la manta hasta el cuello. Su cabeza parecía estar dentro de un puchero hirviendo, el hedor de la cangrena era muy fuerte; le puse polvos talco para aliviar sus escoceduras y luego, con cuidado, gasas desinfectantes impregnadas de alcohol y cambiaron su faz y el olor de la habitación.

Me quedé con él. Por fin pudo dormirse. A media noche, sin darse cuenta, estiró su largo brazo y, cogiéndome de la mano, repitió una palabra que supe luego que significaba, madre.

No hubo que seccionarle la pierna. Resistió su cuerpo joven. Unos días más y pudo marcharse. Le prestaron dos muletas. Necesitaban su cama para otros pacientes.

Me enamoré de él perdidamente, aun sabiendo que me ataba a un desconocido y que perdería mi ansiada libertad.

-Quiero verte cada día- le decía al curarle. Hablaba de él con los compañeros de trabajo. Temía que mis palabras me delataran. Ya no podía vivir sin verle. Le esperaba ansiosa en el hospital todas las caídas de la tarde. Lo sentaba junto a mí. Tras las persianas lo espiaba y lo buscaba, si tardaba, en la penumbra húmeda de las chozas, aunque sus ocupantes, recelosos, me mirasen.

Nos acostumbramos a vemos cada día cuando las luces declinaban.

El muchacho me comentaba la fascinación que tenía para él el mundo «dorado» las tierras de Europa y Norteamérica. Las conocía gracias a los medios de comunicación